

Crónica apócrifa de una **ciudad**

Nueva edición de una novela deslumbrante

Tomás Sánchez Santiago
Calle Feria

Segovia, Isla del Náufrago, 2014
632pp., 24,00 €

/José Ángel Barrueco/

En el año 2007 nos deslumbró la lectura de *Calle Feria*, la primera y por ahora única novela de uno de los escritores más talentosos y secretos del panorama literario contemporáneo: el zamorano, afincado en León, Tomás Sánchez Santiago.

Por entonces la publicó Algaida porque acababa de obtener un premio; pero el galardón es lo de menos: los premios se olvidan, las obras perduran. Y es esta una obra que perdurará y que ahora edita de nuevo, con mimo, la editorial segoviana Isla del Náufrago. Un libro que nos hipnotizó

en su momento y que, estoy convencido, fascinará hoy a quienes aún no lo conozcan.

Uno de los mejores

De Tomás no puedo hablar objetivamente porque lo he considerado siempre como uno de mis maestros. Maestro de la literatura, pero también maestro de la vida. Ejemplo a seguir y amigo en la distancia.

Tomás es lo contrario de esos escritores obstinados en publicitar su imagen y quedar guapos en las fotos de las ferias literarias y los saraos y en conseguir reseñas aunque deban doblar el espinazo ante cualquiera, más empeñados en esa labor de ascenso que en construir una bibliografía sólida, madura y paciente.

Si lo conozco de veras, y creo que sí, Tomás procura ser esquivo con todo lo que huele a entrevista, a reportaje

en el que él sea el epicentro, a parabienes que lo ensalcen. Al final, si lo presionas demasiado, acabará aceptando a regañadientes porque su naturaleza benévola, humilde, le impide hacer faenas a terceros.

Apuntaba antes que es uno de los escritores con más talento de España, y no exagero: los ejemplos están en sus obras. Ruego al lector que las busque (aunque sea una tarea complicada porque siempre lo han publicado en editoriales minoritarias, locales o ya desaparecidas). Que busque los poemas de *El que desordena o Cómo parar setenta pájaros*. Que se divierta con los artículos de *Salvo error u omisión*. Que se asombre con esas crónicas minuciosas de lo cotidiano y de lo mínimo y de la «lumbre baja» que conforman *Para qué sirven los charcos* y *Los pormenores* (y, pronto, *La vida mitigada*).

Tras leerlos, comprobará que el lugar que debería ocupar Tomás es el que ocupan otros escritores más famosos pero de menor valía, duchos en amasar beneficios económicos mediante colaboraciones en prensa, charlas, debates y concursos.

Pero si algo tuviera que destacar de la escritura de Sánchez Santiago, si solo pudiera quedarme con un valor, subrayaría su celo por el lenguaje, su obsesión por elegir las palabras, mimarlas, hacerlas bailar en la frase. Esto es evidente en la novela que nos ocupa, donde el ejercicio narrativo es siempre luminoso. Aunque Tomás no se queda ahí, en la forma, porque además cuenta buenas historias, se fija en pequeños detalles de la cotidianidad, escucha a los personajes que pululan por los pueblos y las ciudades.

De él aprendí (aprendimos) a leer lo que podríamos llamar «la otra es-

critura de las calles»: los avisos que coloca en la puerta de su negocio el boticario que ha salido un momento a hacer un recado, los letreros escritos a mano que anuncian ofertas en los escaparates de las pequeñas tiendas de barrio, las pintadas con faltas de ortografía o graves errores gramaticales...

Tratado de comercio

En su origen, cuando Tomás la escribía con el mismo mimo artesano con el que sus personajes comerciantes tratan a los trajes y a los zapatos, *Calle Feria* se titulaba *Tratado de comercio*, que es el título de un artículo que su autor publicó hace años, y que recupera en el libro que nos ocupa.

Pero vamos con su argumento, en líneas generales.

En la calle Feria (o calle de la Feria, como la llamamos hoy), dos amigos, Muñoz y el narrador, comparten los rigores de la época franquista, la emoción de los primeros deseos carnales, el lujo de escuchar la cháchara colmada de palabras nuevas de los viajeros

Si algo tuviera que destacar de la escritura de Sánchez Santiago, si solo pudiera quedarme con un valor, subrayaría su celo por el lenguaje, su obsesión por elegir las palabras, mimarlas, hacerlas bailar en la frase. Esto es evidente en la novela que nos ocupa, donde el ejercicio narrativo es siempre luminoso

que recalaban en las respectivas tiendas de sus padres y el gusto común por las historias...

Historias que rescatan de aquellas gentes humildes que trabajaron en la sombra mientras el poder se recordaba al fondo, con su yugo y sus flechas y sus censuras y sus cortapisas: el barbero enamorado de Palmira la frutera, los vecinos que se reunían en el serano (hermosa palabra esta, exhumada para la ocasión), el palomero que se impuso su propia reclusión domiciliaria, el hombre encargado de un taller de reparaciones eléctricas y a quien le encargaron las críticas cinematográficas para el periódico (y las firmaba con el pseudónimo de *Ma-ture*: i grandioso personaje, inmenso como la vida, legendario para siempre gracias a esta novela!), el cura que daba las contraseñas de los precios a los comerciantes...

Muñoz y el narrador, además, inventan historias inspiradas en la realidad: las que atañen a Delhy Tejero y a García Lorca; e historias con vínculo fantástico, en las que hombres se extravían en otros mundos, en la otra orilla del espejo. Realidad y ficción. Literatura, en una palabra.

Un relato real

Paralelamente a la reedición de la novela *Calle Feria*, en Eolas Ediciones se publica también un nuevo libro de Tomás Sánchez Santiago. En la línea de otros libros suyos de la misma temperatura y características (*Para qué sirven los charcos* y *Los pormenores* e incluso los artículos contenidos en *Salvo error u omisión*), encontramos aquí una miscelánea de textos: aforismos, vistazos al

mundo en forma de anotaciones, relatos tomados de la realidad, apuntes del tiempo de hospital, retazos de diario e incluso un extenso cuento inédito que posee mucho de juego entre la realidad y la ficción. Un libro delicioso, cocido a fuego lento, con «lumbre baja», como al autor le gusta decir, y del que ofrecemos uno de los relatos incluidos en la parte titulada «Historias naturales».

El pésame

Se le acaba de morir su marido y está empezando a pagar el precio mortal de una extrañeza insoportable. Para colmo, en estos días va a una residencia geriátrica a dormir junto a su prima anciana, que se está muriendo («voy para que no esté sola si ocurre cualquier cosa», dice). Pero ayer vinieron familiares jóvenes, matrimonios recién compuestos, novios... Venían desde lejos al rito del pésame. Y sorprende al pasar cerca de las mujeres una de esas misteriosas conversaciones de complicidad femenina con risas menores y excusas llenas de deliciosa festividad. Llevaba la batuta ella otra vez, cargada con su luto reciente, sí, pero diciendo a las muchachas jóvenes que «a ver si el año próximo alguna traéis ya un niño». Ah, las mujeres. Admirables y de gigantesca estatura interna. Dispuestas siempre a despedir y a recibir. Dispuestas a ponerse entre mortajas o entre pañales con la misma intensidad. Siempre cerca de los ángulos más profundos, decisivos, de la vida.

Anuncio para una escapatoria

Se necesita poeta para leer en acto literario. Dispuesto a llegarse a lejana ciudad del Poniente. Imprescindible gozar de buena salud (no importa dureza de oído) y ser, sin intemperancia, divertido en el trato. No es para llegar a relaciones serias (con la poesía), no hacerse ilusiones. Preferiblemente reconocidos en ambientes públicos (se valorará la sonoridad del nombre). Absténganse poetas ancianos, delicados y atrabiliarios. También arriesgados: aquí se viene a disfrutar.

El delito de estar solo

A un hombre japonés le han impuesto una multa por llamar 2.600 veces a un mismo número de teléfono. Al parecer, era un teléfono de información y el hombre solamente llamaba para hablar con alguien porque se encontraba solo. Entonces hacía eso: marcaba y marcaba ese número y se ponía a hablar sin más. Pero eso de que los débiles atraganten las relaciones sociales no es admisible. Hay que pagar un precio por no saber resistir la soledad, algo para lo que, por cierto, no se educa en el mundo saturado de objetos y de números que nos gobierna.

Tomás Sánchez Santiago
La vida mitigada

León, Eolas Ediciones, 2014
302 pp, 15 €

Los dos amigos entrelazan estos cuentos con crónicas, recortes y documentos oficiales, y los atan con un cordel: la calle de su infancia. La infancia: cuando ambos fabulaban sobre la realidad circundante para derrotar a la tristura de los días, en ese ambiente angosto, enrarecido y sofocante que fue el franquismo en una ciudad pequeña.

Sánchez Santiago, en este libro hermoso y necesario, nos habla de los hombres en la sombra, de quienes aguantaban el tiempo manejando palabras y oficios. Nos cuenta la historia que por los cauces oficiales no nos quisieron contar.

La solidez del narrador

Tomás está dotado de esa solidez de los narradores de antes, que se toman su tiempo para explicarnos las conductas y el entorno de los personajes. Y, sin embargo, la novela no suena a antigua porque el autor también se sirve de otros procedimientos que, en algunos capítulos, se aproximan al *collage* (que, de acuerdo, no es algo nuevo, pero al mismo tiempo es señal de identidad de los posmodernos) y, así, adereza las historias con críticas de cine de contenido muy literario y creativo («Este cronista se queda a veces rezagado en la butaca, tras el pase. Y mira cómo abandona la muchedumbre el barco. Los hay que se levantan sofocados y con los ojos hirvientes. Los hay soñolientos...»), interrogatorios que se aproximan a la obra de teatro (aunque con menos acotaciones), diarios que rompen algunas reglas estilísticas (véase el «Diario roto de un barbero»), noticias del periódico local (y a dos columnas, además), cartas (las que se cruzan en la última parte del libro) y, por supuesto, relatos (los que Muñoz y el narrador se intercambian, en un afán de construir un territorio donde converjan lo real y lo fabulado).

Con esos materiales, el autor logra que paseemos por su ciudad (que también es la mía), que viajemos a otra época, la de los años cincuenta y sesenta (y hay dos cuentos que se remontan a los años veinte y a los treinta), que nos adentremos en una jungla de nombres, calles, cines, farmacias, barberías, tiendas de calzado...

Y logra que no olvidemos algo muy importante: que, pese a los malos tiempos, de represión y dictadura, siempre nos quedan un par de cosas que nadie nos puede arrebatar: la palabra y la imaginación. Lo explica mejor uno de los personajes, en una misiva:

“Estábamos demasiado pendientes de fundar una manera de vivir, la que queríamos, la que no nos daban más allá de nuestra calle. Tuvimos esa intuición de colorear la vida mejor de lo que ella estaba, tan pobretona y resignada a aquellas circunstancias». ■